

EL LIDERAZGO POLÍTICO Y EL LIDERAZGO PRESIDENCIAL EN EL MUNDO Y LATINOAMÉRICA: NUEVOS ELEMENTOS DE ANÁLISIS

GT no.13

Análisis de investigación en curso.

María Fernanda Arias Núñez

Resumen

La ponencia estudia el liderazgo en su concepto clásico. Luego analizará el desarrollo que ha tenido el término en las teorías de Maquiavelo, Hobbes y los teóricos de la monarquía y cómo luego fue soslayada con el advenimiento de la teoría liberal. Sin embargo, con el renacimiento de la ciencia política a partir de la segunda posguerra se vuelve a estudiar la temática de liderazgo con las obras sobre las presidencias americanas y europeas. En los últimos años el tema también ha resurgido en Latinoamérica y especialmente, en Argentina, donde se han realizado interesantes análisis de los últimos presidentes.

Palabras claves: liderazgo político, liderazgo presidencial, América Latina.

Abstract

This paper will try to study Leadership based on classical concepts. It will then analyze the process that the concept has taken in Machiavelli, Hobbes theories and theorists of the monarchy and how then it was hidden with the advent of liberal theory. However, with the revival of political science since the second post-war period, leadership has been studied by the works on European and American presidencies. In recent years, the subject has also re-emerged in Latin America and especially in Argentina, where interesting analysis of recent Presidents have been published.

Palabras claves: political leadership, presidential leadership, Latin America.

Introducción

El liderazgo ha sido últimamente estudiado no sólo por las ciencias sociales y la psicología sino también por las modernas teorías de las organizaciones. Tanto en las ciencias sociales como en las de las organizaciones se ha llegado a la conclusión que el liderazgo es un elemento imprescindible para que un estado, una empresa, una universidad o un partido político, por poner algún ejemplo, llegue a alcanzar los fines para que los que han sido creados.

El tema del liderazgo, en la historia de las Ciencias Políticas, se puede retrotraer a la antigüedad clásica. Uno de los primeros teóricos políticos, Aristóteles, en *La Política*, plantea el tema del gobierno signado por la ética. Teniendo en cuenta que el hombre es un ser social por antonomasia, un *zoon politikon*, que alcanza su perfección dentro de la sociedad, la vida en comunidad implica un orden y ese orden, una voluntad política que dirija y conduzca esa comunidad a su perfección. La autoridad no es mala en sí misma. Y de hecho distingue entre gobiernos puros e impuros. Los puros serían aquellos en

los que los gobiernos velan por el bien de la comunidad entera y los impuros, los que lo hacen por su propio beneficio.

En el Medioevo, Santo Tomás de Aquino, quien cristianizó el pensamiento clásico para adaptarlo al nuevo mundo cristiano de Occidente explica, en la *Summa Theologiae*, que el poder o la autoridad junto al ordenamiento jurídico, son las causas formales del estado o sea aquella causa que organiza a una determinada comunidad hacia su fin último que es el Bien Común terrenal. Más adelante, en el Renacimiento, cuando la concepción teocéntrica del Medioevo fue sustituida por la antropocéntrica, varios estudiosos volvieron a rescatar el papel de la autoridad y del poder pero desde una óptica laica.

Hobbes, por ejemplo, conociendo la necesidad del orden dentro de un país, Inglaterra, consumido en las guerras civiles de la revolución parlamentaria de Cromwell, crea la figura del Leviatán. Era una construcción ideal, inventada por los mismos hombres para evitar que ellos se convirtieran en lobos de los propios hombres. Leviatán recibía un poder omnímodo pero era fruto de un pacto social, entre los miembros de la sociedad que temían por su suerte y el futuro de su comunidad. Así, esta autoridad despótica evitaba la "lucha de todos contra todos". Sin tanto dramatismo, en el siglo XVI, Maquiavelo, quién comparte su antropología pesimista con Hobbes, escribe el Príncipe. En su obra, describe las técnicas o artes políticas que la autoridad máxima debía conocer para poder organizar a un pueblo, supuestamente miedoso, a veces fácil de convencer pero que también podía ser desleal y cambiante.

Más tarde en el esplendor de las monarquías absolutistas, aparecen visiones contrarias. Los monarcas basan su autoridad en el poder que viene de Dios. Son enviados divinos o por lo menos, ungidos de Dios. Si bien estas justificaciones no sólo provienen del pensamiento semita y de la tradición oriental, estando vigente en la realidad japonesa, por ejemplo, hasta fines de la segunda guerra mundial, teorías como el "derecho divino de los reyes", surgen para justificar el poder sin límites del gobernante. Sin embargo, como veremos más adelante, el endiosamiento del gobernante continúa hasta nuestros días. García Pelayo llama a este fenómeno "transfiguración del poder". O sea el reconocimiento de la autoridad como un lugar rodeado de un hálito sobrenatural continúa hasta nuestros días. (García Pelayo, 1981 p.38)

Ahora bien, ante esta visión sacra del monarca, surge el pensamiento liberal que se revela ante el absurdo sometimiento de los hombres hacia otros hombres. El liberalismo político basa su concepción en que el hombre nace libre y bueno pero cambia cuando vive en sociedad. El hombre, a diferencia de la teoría antropológica de Aristóteles no necesita a la sociedad para ser feliz. El alcanza su propia felicidad buscando su propio bien en forma egoísta, no mala, sino naturalmente asociada con su propio bien. El límite de su felicidad está dado por la libertad de los otros. Pero el estado en su intención de velar por el bien común, bien inalcanzable por está vacío de sentido, coarta las libertades individuales. O sea el estado no debería existir y si lo hace es para velar por la libertad de los individuos a través de la seguridad, que se traduce en impedir que la violencia o la lucha entre todos termine obstaculizando el buen vivir del individuo.

La concepción de la sociedad y el fin último desaparece y es reemplazada por la sociedad, separada del Estado. La sociedad civil está conformada por hombres que luchan por satisfacer sus propias necesidades y que ven en la sociedad un conglomerado de personas que también buscan realizarse individualmente.

Los hombres se ligan voluntariamente a los otros a través de un contrato social que no persigue un bien comunitario ya que sería imposible que lo hubiera dada la desigualdad natural de los hombres. La autoridad se concede voluntariamente a un representante del pueblo que administra la sociedad civil. Para que este poder no sea arbitrario se institucionalizan una serie de normas a través de constituciones formales, escritas o tradicionales con la característica de que no pueden ser modificadas sin un arduo procedimiento legislativo. La sacralidad que antes se otorgaba al gobernante, ahora se traslada a la constitución que se defiende a rajatabla como si fuera el libro sagrado de la nueva religión liberal.

Como dijimos antes, todo poder es rodeado de la transfiguración, o sea, un sentimiento que trata disimular la cruda realidad de la autoridad, el hombre sometido a las decisiones de otro hombre.

Ahora bien, con la declinación del liberalismo decimonónico así como también de la teoría marxista que descreía de la autoridad que era el instrumento de la clase dominante, resurge a fines del siglo XX, la preocupación por el poder.

No sólo fue motivo de estudios realizados por los neo-maquiavelistas como Pareto, Mosca y Michels¹ sino también por Max Weber, cuyos análisis sobre los tipos de dominaciones políticas fueron seguidos por estudios sobre liderazgo en Europa, Estados Unidos y América latina. En los Estados Unidos, los estudios referidos a los líderes políticos y especialmente los presidenciales ha sido significativo desde la segunda guerra mundial.

La comprensión de que el hombre no es un ser individualista y que la autoridad tiene funciones mucho más trascendentes que la seguridad ayudó a que se escudriñara en la personalidad, la función y el estilo de los gobernantes. Por otro lado, la aparición de figuras carismáticas desde Hitler, Mussolini, Franco, Roosevelt, Perón y Vargas en América Latina produjo la curiosidad de las ciencias sociales sobre el fenómeno del mando, la personalidad política, los estilos presidenciales etc.

Nuestra ponencia tratará de realizar un análisis sobre las teorías sobre el liderazgo en las ciencias políticas a través de la lectura de la literatura americana, europea y latinoamericana. Finalmente, se realizará un pequeño adelanto de un análisis en estudio sobre la presidencia de Carlos Saúl Menem y Néstor Carlos Kirchner en la Argentina.

El liderazgo en la literatura contemporánea

En los Estados Unidos, el liderazgo político, especialmente, el liderazgo presidencial se puso en boga a partir del gobierno de Franklin Delano Roosevelt. A diferencia de los anteriores presidentes de los Estados Unidos, Roosevelt fue un presidente carismático. A través de la radio, el nuevo medio de comunicación en esos días, el Presidente hablaba frecuentemente al pueblo con un mensaje más cercano en el que se introducían a menudo referencias a la biblia. Según sus palabras, los capitalistas a quienes acusaba de producir la crisis económica del 29 eran como los mercaderes del templo que comerciaban dentro de los lugares sagrados. El, en cambio, jugaba el rol de Cristo que los había echado del sitio de Dios. (Willner, Ann Ruth, 1984, pp.154 y 155). Pero además, su personalidad avasallante era acompañada por la de su propia esposa, Eleonor, mujer de estirpe aristocrática, que había dado sentido a su vida a través de la asistencia a los pobres, los desempleados y todos aquellos que habían sufrido las consecuencias del crack financiero del 30.

Ahora bien, el fuerte liderazgo del presidente norteamericano, según refiere Arthur Schlesinger Jr. Tiene sus orígenes en la misma constitución norteamericana. A través del poder de veto, de iniciación de los proyectos de ley, de nombramiento de los miembros de la Corte, ya el poder presidencial estaba destinado a ser un poder fuerte. Sin embargo, aunque limitado por los lobbies parlamentarios, los medios de comunicación y la opinión pública, la presidencia americana adquirió un mayor poder, convirtiéndose en el siglo XX en una especie de monarquía imperial. (Schlesinger, 2004, epílogo).

El personalismo de la figura presidencial fue en *crescendo* entre la opinión pública americana. Inclusive, uno de los presidentes con menos carisma como Taft (1909-1913) consideraba que todo el gobierno estaba tan identificado con la figura presidencial que se lo veía a él como responsable de las omisiones y comisiones producidas durante su mandato (Schlesinger, 2004, p.430). El autor norteamericano consideraba a la Presidencia norteamericana como un reinado sin vestiduras y sin corona, sobre todo, a partir de la presidencia de Franklin Delano Roosevelt. El convirtió al cargo en una presidencia imperial convirtiendo al Presidente no sólo en un gran símbolo nacional sino en la

¹ Un estudio que los analiza es el de James Burnham(1945), *Los maquiavelistas. Defensores de la libertad*. Buenos Aires: Emecé Editores.

encarnación de la autoridad pública. Por supuesto, Schlesinger admite que no fue lo mismo la presidencia de Reagan que poseía un convencimiento extremo en sus valores y desplegaba una retórica inflamada y muy bien estructurada que la de Carter que no gustaba actuar en público y menos comunicarse con el pueblo norteamericano a través de las alocuciones públicas. (Schlesinger, 2004, p.438)

Pero Schlesinger, ganador del Premio Pulitzer por esta obra, no es el único analista que atribuye un gran poder al primer mandatario. Otros estudiosos como Terry Moe y William Howell, comparten esta opinión. Para los autores, el presidente norteamericano posee una capacidad de liderazgo muy significativa. Moe y Howell la relacionan con el poder de acción unilateral. Este consiste, principalmente, en la capacidad de crear leyes por sí mismo a través de órdenes ejecutivas, que no son discutidas en el Congreso. Las órdenes ejecutivas serían para nosotros en Argentina, los decretos presidenciales, que en muchos casos, como los estudiados durante la presidencia de Menem y de Kirchner han dado lugar a regulaciones que han tomado la fuerza de ley. La causa principal para que esto ocurra es la ambigüedad de la constitución norteamericana con respecto a lo que puede y no puede hacer el presidente. (Moe y Howell, 1999, p.133).

Pero a diferencia de Schlesinger y de otros autores contemporáneos, la nueva visión institucionalista de la política, también ha llevado a interpretar el gran poder del presidente como una derivación de algunas normas constitucionales. A partir del poder de veto, y de las designaciones del gabinete, Moe y Howell prestan mucha atención a la posibilidad del presidente norteamericano de saltar la discusión parlamentaria y poder llevar a efecto políticas sin ningún consenso formal. Muchos ejemplos se agolpan pero algunos de los más contemporáneos, serían, la iniciación de las políticas de la acción afirmativa que surgieron en favor de las minorías étnicas, la creación de agencias de control como la *Food and Drugs Administration*, y la imposición de la revisión regulatoria. (Moe y Howell, 1999, 134). Pero la verdadera posibilidad de que el presidente actúe libremente sin sentir presión ni por poder parlamentario ni por el judicial, es básicamente la ambigüedad de las reglas constitucionales.

Moe y Howell afirman que la ambigüedad constitucional invita virtualmente a la presidencia imperial (Moe y Howell, 1999, p. 138). Por su lado, Fabbrini hace un interesante estudio del liderazgo presidencial norteamericano al que le da el mote de principado. Considera que mientras en el comienzo de la historia presidencial, el mandatario era elegido por los miembros del congreso por lo que se podría decir que representaban a la elite del país, como lo fue durante el orden conservador en la Argentina de los 80, posteriormente, la presidencia se fue abriendo a la gente. Primero a través de los candidatos votados por el cuerpo electoral y a partir de los años 60 por la irrupción de las elecciones primarias abiertas dentro de los partidos. A partir de ese momento, la personalización del poder ejecutivo se hizo más visible. Por otro lado, se fueron debilitando los partidos políticos como máximos decisores de las elecciones de los candidatos.

La figura presidencial más descolante del siglo XX fue, sin lugar a dudas, Franklin Delano Roosevelt quien a través de las *fireside chats* (charlas alrededor de la chimenea emitidas a través de la radio), hablaba directamente al público y marcaba quiénes eran los máximos responsables del entorpecimiento de sus políticas, el congreso opositor, luego la Corte Suprema y los jueces etc. A partir de ese momento la presidencia estadounidense jugó dos roles, el del líder del pueblo y el líder del gobierno. Roosevelt triunfó en ambos aspectos, conocía bien cómo alentar al pueblo a favor de sus políticas pero también, gracias a su calidad de animal político, que había estado habiendo tenido roles no sólo dentro del Poder Ejecutivo como Ministro de Marina de Wilson sino también como Gobernador del estado de New York, conocía a la institución presidencial y sus manejos. A partir de allí, políticos como Reagan que contaban con poco apoyo de su partido o Clinton que tuvo al Congreso en contra, desplegaron un liderazgo parecido. (Fabbrini, sin fecha, p. 8)

En pocas palabras, en la cuna del gobierno democrático de régimen presidencialista, el liderazgo producido por el fenómeno de la personalización del poder y el debilitamiento de los partidos políticos,

es un fenómeno ineludible que hace tambalear el sistema institucional. Inclusive el liderazgo de tipo popular como el que actualmente posee Obama, no le asegura la estabilidad y progreso de su gobierno debido a la merma en la importancia de las maquinarias partidarias y el hecho de que los legisladores se muevan interesados en su propia reelección y no necesariamente, en sostener al presidente de su partido. Por eso el debilitamiento es mutuo. Si por un lado la persona del presidente adquiere un poder muy grande ya que encarna a la nación entera y además, se convierte en el receptor directo de las necesidades del pueblo, por otro, si este pueblo le quita su favor, las maquinarias partidarias y los aliados del congreso no estarán dispuestos ni podrán apoyar su gestión.

La importancia del ejecutivo no sólo se ha revigorizado en Estados Unidos sino también en la Europa con regímenes semi parlamentaristas y parlamentaristas. Para dar algún ejemplo, en Francia, los estudios de Bell y Marlière ilustran la importancia del liderazgo en un país que posee un Jefe de Estado, el Presidente, y un Jefe de Gobierno, el Primer Ministro. Si bien, históricamente, la figura del presidente tuvo un bajo perfil, tal vez porque los franceses lo relacionaban con el autoritarismo de la monarquía pre-revolucionaria, a partir de la instauración de la quinta república y el efectivo liderazgo de De Gaulle, la presidencia francesa adquirió una notable importancia. De Gaulle, héroe de la segunda guerra mundial, creó una presidencia fuerte que no sólo reformó el país sino que estableció políticas internacionales diferentes. A partir de allí, la presidencia cambió su rol, aunque su importancia dependió de la habilidad de los que ocuparon su cargo. Pero todos ellos, tanto Pompidou, Giscard de Estaing, Mitterand y Chirac demostraron ser líderes fuertes que crearon maquinarias políticas estructuradas y pudieron manejarse bien en épocas de cohabitación, es decir cuando el Primer Ministro pertenecía al partido parlamentario diferente al presidencial. (Bell, 2002)

Otro autor, realiza un análisis similar sobre el liderazgo de Sarkozy. Para él, Sarkozy cumple con tres de las características propias de los presidentes franceses, el bonapartismo, relacionado con un estilo plebiscitario de gobierno y con tendencias populistas, el orleanismo, caracterizado por un marcado liberalismo político y económico y el legitimismo, es decir, proponiendo una vuelta a la historia pre revolucionaria y a los valores característicos, como el respeto a la autoridad, la visión religiosa y moral de la vida etc. (Marlière, 2009, p. 380)

Evidentemente, Sarkozy ha utilizado lo que se ha denominado en Norteamericana, un vampirismo o triangulación que se caracteriza por proponer y utilizar principios ideológicos provenientes de varias tradiciones, del marxismo, del nacionalismo francés y hasta del espectro religioso. Es así que el mandatario se coloca por sobre las ideologías históricas para tratar de unir a la nación y ganar no sólo el consenso de la derecha, sino también del centro y de la izquierda. También, así como sucedió con algunas de las presidencias norteamericanas, el francés creaba una relación directa con el pueblo, utilizando efectivamente a los medios de comunicación social y creando una ruptura con las divisiones ideológicas anteriores. (Marlière, 2009, p.378)

Algunos analizan el liderazgo desde el punto de vista antropológico. En este sentido, nos hemos referido al trabajo de García Pelayo acerca del fenómeno llamado "transfiguración del poder" que consiste en el misticismo en que se incurre en todas las épocas por rodear a la autoridad de un hálito sagrado. Así es como los dominados a lo largo de la historia han aceptado con más facilidad la obediencia a la autoridad aún en situaciones que lo perturbaban como la guerra. La visión mítica y religiosa de la antigüedad clásica y del medioevo es fácil de comprender en pueblos imbuidos tanto en Occidente como en Oriente de una visión religiosa de la vida. Pero el autor considera que esta identificación del poder con algo sobrenatural convive en las culturas modernas.

Pero esta visión no es nueva, el sociólogo del siglo XX, Max Weber, había tipificado a la autoridad carismática como un tipo de dominación que basaba la legitimidad en el reconocimiento de las cualidades sobrenaturales del líder. En tiempos actuales, Jan Hanska, ha estudiado al llamado "liderazgo profético". Considera que en la época contemporánea, la crisis de representación y

de los principios políticos ha producido la aparición de líderes políticos que se embarcan en la profetización del futuro y una explicación mítica sobre el pasado y el presente. (Hanska, 2009)

Estados Unidos es típico, al ser un país profundamente religioso, ha mantenido por siglos varios mitos como el del Destino Manifiesto de la nación norteamericana encargada de llevar la democracia a todos los confines y convertirse en el Mesías moderno de la nuevas ideas. Por otro lado, la expansión norteamericana tanto en América del Norte como en otras latitudes se basó en términos mágicos como la *New Frontier*, la nueva frontera, que justificó en su momento, la aniquilación de los pueblos originarios y la anexión de antiguas colonias españolas. El *New Deal*, o nuevo tratado, fue un ideal rodeado de misticismo que respaldaba el acuerdo entre el trabajador y el empresario durante la crisis del 30. Y así, podríamos seguir indefinidamente.

El líder profético, dice Hanska, tiene la aptitud de crear historias que justifiquen su actuar. Historias que unen el presente con el pasado glorioso y el futuro prometedor. De esa manera, adquiere la aquiescencia de su pueblo. Si nos pudiéramos a analizar el presente político, Cristina Kirchner podría actuar de la misma manera, como una “*story_teller*” o intérprete de la realidad de acuerdo con imágenes míticas. Por ejemplo, el mote de “*década ganada*” como se denomina a la gobernada por Néstor y Cristina Kirchner se refiere al cambio producido en favor del país. Cristina une el pasado glorioso inaugurado por su esposo en 2003, la continuación de su gobierno que levantó las históricas banderas del peronismo, la justicia social, la independencia económica, y las reconvirtió juntamente con la reivindicación de los derechos humanos. El relato de Cristina es un ejemplo del liderazgo profético en Argentina.

Liderazgo en América Latina y Argentina

Finalmente, en América Latina, diversos autores se han dedicado a estudiar a los líderes latinoamericanos contemporáneos. Mientras en otras épocas, se estudiaban a los líderes populistas quienes, como Perón en Argentina o Vargas en Brasil, movilizaban a la población de bajos recursos a favor de sus políticas, actualmente, se analizan otros tipos de liderazgos. Los líderes populistas tenían un gran poder de movilización de adeptos quienes concurrían más o menos espontáneamente a lugares públicos, como la Plaza de Mayo, en el caso del liderazgo presidencial en Argentina. Constituían partidos carismáticos con poco desarrollo doctrinario, basado en el seguimiento a un líder personalista. Actualmente, los líderes políticos, si bien generan movilizaciones, estas no poseen la intensidad ni la magnitud que se producía durante la vigencia de los regímenes populistas. Por otra parte, los partidos han perdido poder de organización y de generación de nuevos líderes. También, en líneas generales, la creciente volatilidad del electorado ha resquebrajado el poder de los líderes populistas. En Perú, Vargas, expresa que partidos clásicos y populistas como APRA fueron sustituidos en las últimas décadas por nuevas uniones partidarias organizadas alrededor de figuras líderes como las de Fujimori y luego, la de Toledo. Por otro lado, ya los partidos tradicionales no son fuente de líderes. En cambio, aparecen “liderazgos coyunturales” como explica Vargas. Ellos, en el caso del Perú, surgieron de las alcaldías del interior que vieron acrecentar su poder por el debilitamiento del poder central y de la intelectualidad proveniente de las universidades que acompañaron la gestión de Toledo. (Vargas, 2004, pp.43-46)

Por su lado, Isidoro Cheresky, analiza a los “líderes de popularidad”. De alguna manera, son similares a los líderes coyunturales que menciona Vargas. Son en el caso de Venezuela, Perú, Brasil, conductores que se forjan fuera de los partidos políticos tradicionales como en el caso de Chávez en Venezuela, Fujimori y Toledo en Perú y Collor y Lula en Brasil. En realidad, los partidos políticos son agrupaciones *ad hoc* que se organizan para seguirlos. No despliegan grandes movilizaciones, salvo excepciones, pero tienen un alto nivel de popularidad generado por los medios y buen manejo de la palabra hablada. Es por ello que su relación con el pueblo se hace directamente sin que medie el

aparato partidario. (Cheresky, 2006, pp. 22 y ss.) En realidad, el partido político sirve a sus mandatos. Por otro lado, son regímenes que descreen de las normas institucionales y muchas veces, las adecuan a sus propios intereses. Pero también cuentan con un electorado con alto nivel de volatilidad que puedecambiar su intención de voto muy rápidamente. Es por ello, que son líderes inmediatos o sea de poca vida activa, en la mayoría de los casos.(Cheresky, 2006, pp.24 y ss.)

Finalmente, en la Argentina se han desarrollado interesantes estudios sobre el liderazgo contemporáneo. Esto ha sido motivado por la presencia de líderes presidenciales de fuerte arraigo popular que han reformado la matriz política argentina. Al mismo tiempo, como señala Cheresky han transgredido, a menudo, las normas institucionales del país. Se destacan los trabajos de Cheresky, Mariana Llanos y Ana María Margheritis (1999), y María Matilde Ollier (2010), entre otros. En todos los casos, se pone especial énfasis en el enfoque institucional y en cómo los nuevos líderes desarrollan su actividad en conflicto con el derecho constitucional.

Algunos de los líderes presidenciales más estudiados han sido Carlos Saúl Menem y Néstor Carlos Kirchner, por ser líderes reformistas y haber permanecido varios años en el poder. En el marco de nuestra investigación comparativa entre estos dos presidentes hemos llegado a la siguiente conclusión. Tanto Menem como Kirchner fueron líderes presidenciales. A pesar de sus estilos retóricos diferentes, más negociador el de Menem y más enérgico el de Kirchner fueron capaces de señalar amigos y enemigos. Pero lejos de mantenerse en posiciones ideologizadas, aceptaron los límites que le imponía la realidad. En el caso de Menem si bien tomó como suyas las prédicas del liberalismo económico trató de paliar los índices de desempleo a través de políticas antiinflacionarias y medidas sociales. Él sabía que el poder económico debía ponerse de su parte y lo cautivó a través de las privatizaciones y la supuesta reducción del gasto público. Si bien se separó de los tradicionales jefes del peronismo que lo atacaron por alejarse de la doctrina justicialista, captó a muchos sindicatos y renovó su alianza con elementos del Partido Justicialista.

Kirchner impuso otras políticas radicalmente opuestas a la de su antecesor. Siguió los lineamientos peronistas generando políticas sociales contenedoras de las clases más desfavorecidas. Pero no se opuso realmente al capital nacional ni transnacional. Mientras se experimentaba un crecimiento económico importante gracias, en parte, a la mejora en los precios de los *commodities* y a una buena política fiscal que recogía esa alta rentabilidad, mejoró las relaciones financieras con los organismos internacionales y la banca.

En suma, Kirchner si bien puede ser recordado por haber generado una serie de principios que se aceptaron homogéneamente por la ciudadanía como el castigo a los culpables, o la persecución a las corporaciones económicas, sólo puede decirse que tuvo éxito en volver a enjuiciar a los miembros de las Fuerzas Armadas, pero las grandes corporaciones no sufrieron costos importantes. Por otro lado, Kirchner dio a entender que el país era confiable internacionalmente al resolver los problemas con el FMI y negociar el pago de los bonos. Estas últimas medidas así como la cooptación de los industriales, da muestras que Kirchner quiso negociar con los intereses económicos.

En ambos casos, fueron políticos pragmáticos. Si bien muy precisos en sus ideologías y proyectos, fueron cuidadosos en no generar movimientos políticos demasiado adversos para los grupos de poder en Argentina. Tal vez, Menem se destacó por su acercamiento demasiado visible pero también trató de atender a la interna peronista y su victoria sobre las luchas internas en su partido.

Kirchner, en cambio, se opuso discursivamente a las corporaciones. Sin embargo, el crecimiento económico de los sectores rurales e industriales nacionales favoreció sus políticas distributivas. Es por ello que durante su gobierno, no se generaron conflictos demasiado importantes. Ambos reconocieron los límites que impone el acontecer político donde la distribución del poder en la sociedad no es

equitativa. Asimismo, comprendían que el sistema político era una poliarquía² en donde diferentes grupos disputaban un poder que compartían con partidos políticos, grupos económicos, movimientos sociales con diferentes grados de influencia en la toma de decisiones.

Referencias:

Bell, David S. (2002). The essence of Presidential Leadership in France: Pompidou, Giscard, Mitterand and Chirac as Coalition Leaders. *Politics and Policy*. Vol.30. Issue 2. June.

Burnham, James (1945). *Los maquiavelistas. Defensores de la libertad*. Buenos Aires: Emecé Editores.

Cheresky, Isidoro (2006) Elecciones en América Latina: poder presidencial y liderazgo político bajo la presión de la movilización de la opinión pública y la ciudadanía. *Nueva Visión* No.206. noviembre-diciembre.

Fabbrini, Sergio (sin fecha). www.astrid-online.it/FORUM...a/.../FABBRINI-Presidentialization.PDF, Consultado el 31 de Julio de 2013.

García Pelayo, Manuel (1981). *Los mitos políticos*. Madrid. Alianza Editorial.

Hanska, Jan (2009). Prophetic Politics-Leadership based on the Stories of a Golden Past and a Glorious Future. *Perspectives*. Vol.167, no.2

Llanos, Mariana y Ana María Margheritis (1999). Liderazgo presidencial y dinámica institucional durante el primer período presidencial de Menem. El caso de las privatizaciones. *Política y Gobierno*. Vol.IV. No.2

Marlière, Philippe.(2009). Sarkozysm as an ideological theme park. Nicolas Sarkozy and Right Wing Political Thought. *Modern and Contemporary France*. Vol.17 no.4.

Moe, Terry and William Howell (1999). The presidential power of unilateral action. *Journal of Law, Economics and Organization*. V.15 no.1

Ollier, María Matilde (2010). “Kirchner al poder institucional e informal (2003-2010)”. En *Temas y debates* 20. Octubre.

Vargas, Carlos (2004). Liderazgos en transición: trayectorias de liderazgo político en el Perú. Cuadernos de investigación social. Departamento de Ciencias Sociales. Pontificia Universidad Católica del Perú.

Schlesinger, Arthur Jr. (2004) *The Imperial Presidency*. Boston; New York: A MarinerBookHoughton Mifflin Company.

Willner, Ann Ruth (1984). *The Spellbinders. Charismatic Political Leadership*. New Haven: Yale University Press.

² Poliarquía es el nombre que da Robert Dahl a la democracia. Al contrario de los que acriticamente afirman que la democracia es el gobierno del pueblo, Dahl considera que es el campo de competencia entre distintos poderes existentes en la sociedad.